

Edgar Morin

¿Hacia el abismo? Globalización en el siglo XXI

2010: Barcelona, Paidós Libros, 160 pp.

FLORENCIO DÍAZ PINZÓN

Departamento de Sociología

Universidad de Panamá

Edgar Morin, nacido en París en 1921, sin duda es uno de los pioneros del pensamiento de la complejidad y multidisciplinariedad. Licenciado en geografía e historia y derecho, desarrolla sus investigaciones en diversos ámbitos: la teoría de sistemas, la cibernética, la antropología, la física, la biología y, sobre todo, en el campo de la enseñanza, al que pretende aplicar su visión transdisciplinaria. Morin tiene una larga trayectoria literaria en la que destacan “El hombre y la muerte” (1951), “El espíritu del tiempo” (1962), “Introducción al pensamiento complejo” (1990), “Vidal y los suyos” y, sobre todo, su colosal obra “El método”, que constituye un compendio de su pensamiento.

El libro está constituido por diez capítulos, en los que invita a reflexionar sobre la promesa de la modernidad y sus deidades: la tecnología, la ciencia, la globalización, los cuales, alega, rigen la vida moderna a favor del confort y el poder, a cambio del detrimento a la naturaleza, la degradación del hombre y la mujer como seres humanos, evidenciando el gran riesgo para la humanidad. Por otro lado, Morin antepone la complejidad y la diversidad a una sociedad-mundo, que origina un ciudadano mundial, frente a la modernidad degradante.

Inicia el debate mostrando una crisis producida por los programas científicos, los técnicos-industriales, la globalización, los conflictos étnico-religiosos ubicados en el Medio Oriente, el terrorismo, que generan mayor desigualdad, pobreza, y degradación del planeta, afectando al mundo entero. De esta manera se forja un discurso nacionalista, poco tolerante a las religiones y a las migraciones. Pero también observa los logros alcanzados por la ciencia, la globalización y las tecnologías en el desarrollo de la humanidad. Pareciese ser una paradoja de la propia civilización el encontrar en su génesis, aquello que le puede permitir tanto perpetuarse como extinguirse.

Morin observa una humanidad con profundos sentimientos de desidia, de catástrofe ineludible, pero a la vez una humanidad inmovible ante este escenario por incapacidad de resolver los problemas con sus propios sistemas. De ahí que conjetura que la humanidad o bien se desintegrará, o a partir de la misma crisis construirá el camino para el cambio o la reorganización, bajo una ética, una política y un pensamiento armónico con la humanidad y la tierra.

Evidencia un discurso de crisis de la modernidad, donde el antagonismo de lo nuevo y lo viejo adquiere mayor vigencia, ya que las promesas de la modernidad tales como el dominio del universo, el progreso y la felicidad no han logrado su objetivo, es decir, en lo material y lo espiritual. En lo material porque perturba nuestras vidas y la del planeta; en lo espiritual porque individualiza, nos aleja del ser humano sensible, capaz de construir conocimiento para la humanidad y no así para el mercado.

Destaca la importancia de observar desde la complejidad el todo que está unido, “la cultura, la economía, el planeta, la política” como alternativa para entender más la modernidad. Planteamiento que nos permite ir más allá de la razón, de ese carácter inhumano que expresan las ciencias, la racionalidad del cálculo, de apostar por conjugar la ciencia con los sentimientos. En el capítulo “Más allá de las luces”, invita a construir una nueva epistemología, nuevos conocimientos que permitan abordar la incertidumbre, lo complejo, sin desmembrarla de lo humano y la realidad concreta. Con el objetivo de lograr un verdadero progreso que nos llevará al cambio o, como dice el autor, a una verdadera metamorfosis.

El nuevo pensamiento debe unificar, consensuar y respetar las diversidades; debe ser multidisciplinario y de múltiples miradas, capaz de entender la ecología, construido a partir de la dialéctica de lo local a lo global, para romper con las relaciones de poder establecidas a través de la ciencia, para así, reorientar la vida.

Por otro lado, el autor muestra el surgimiento de la sociedad-mundo, planteando que la misma inicia con la colonización y todos sus mecanismos de explotación y sustentación del poder. Luego observa la globalización como segunda etapa, donde argumenta que la misma es producto del fracaso de los estados-naciones, los desarrollos tecnológicos, los medios de comunicación y de la aplicación del modelo neoliberal como alternativa económica. Ve en la globalización el germen de la abolición de la esclavitud, el surgimiento de los derechos humanos, la visibilización de la mujer como actor, la democratización; el fortalecimiento del sistema de mercado y su planetarización. Sin embargo, también considera que ha traído consigo los males de la colonia: las desigualdades, las afectaciones ambientales entre otras, produciendo paralelamente y desde abajo, una globalización diferente.

Destaca que la sociedad-mundo cuenta con territorio, economía y sistema de comunicación propio, pero con falencias en su sistema de leyes, aparatos de controles, y en sus valores, lo que se traduce en organizaciones mundiales (FMI, Naciones Unidas, Banco Mundial) débiles.

Identifica una cultura socializada por la música, el deporte, el cine, entre otros, donde se mezclan lo universal con la local, lo local con lo universal produciendo una especie de cultura híbrida, pero en la que, sin duda, las expresiones locales perdurarán en el espacio y el tiempo, como mecanismos de resistencia ante la pérdida de identidad. De esa manera se convierten en el principal obstáculo a esa estandarización sistémica. En otros casos, las culturas híbridas serán asimiladas como mercancía al servicio del mercado, creando una gran demanda comercial de las artes, música, literatura, desvirtuando y vulgarizándolas, sin olvidar el intento de homogenizarla a nivel planetario. Apesar de todos estos antagonismos, el autor reconoce el surgimiento de un “ciudadano terrestre”.

Para que surja una sociedad-mundo o una confederación, se hace necesario replantear el concepto de desarrollo, desarrollo sostenible o desarrollo humano, ya que todos mantienen en su esencia la misma virtud de acumulación, reproducida por los países considerados desarrollados o propiciadores del sistema; es decir, parten de la idea de medir al resto del mundo con sus propias variables, su racionalidad cuantificadora, obviando todo el proceso humano, e ignorando que del desarrollo germina el subdesarrollo en todas sus modalidades.

Propone una política de lo humano, que priorice la armonía entre la humanidad y el planeta, que tome lo relevante del conocimiento científico, de la cultura occidental, para fusionarlo con el Sur y así lograr que domine lo espiritual sobre lo material; hacer que el triunfo de la nueva sociedad sea producto de la reflexión acerca de las deficiencias de la cultura occidental. Es “separar del volante de la nave tierra al capitalismo y proponer un modelo de cooperación mutua”. Por otro lado, ve como peligro que esta sociedad-mundo empodere a las sociedades imperiales, a los conflictos étnicos y religiosos, y al propio egoísmo de la humanidad, generando una etapa de barbarie antes de lograr una civilización racional.

La sociedad-mundo, según el autor, ha generado una lucha contra el terror, desde su construcción conceptual, legitimando el uso de la violencia bélica e identificando el enemigo y mundializando el terrorismo. Morin evidencia la dualidad de Estados Unidos, es decir, por un lado, su humanismo y democratización de los pueblos y por otro, manteniendo latente, con el apoyo de Europa, sus intereses geopolíticos y económicos, elementos que propician la mundialización del americanismo, pero también del antiamericanismo, el respeto de los vasallos y la frustración de los que luchan contra las desigualdades.

El autor hace referencia al conflicto árabe-israelí, el posicionamiento militar de Israel en la región y su papel como aliado de los intereses europeos y de Estados Unidos, legitimando la ocupación de los territorios palestinos y eliminándole todo derecho a ser un Estado y nación soberano.

En este escenario de incertidumbre y dominio hay un regreso al pasado, un llamado a las utopías modificadas, pueblos construyendo un socialismo que lleve a resolver las necesidades de la humanidad y del planeta (Venezuela, Argentina, Bolivia, Ecuador, Cuba, entre otros) y otros replanteando un capitalismo completa-

mente liberal evidenciando el retorno a los estados-nación.

Desde esta perspectiva, el autor plantea la necesidad de entender nuestro pasado, conjugado con todas las emociones de la humanidad.

Morin culmina con un capítulo denominado “Hacia el abismo”, donde plantea que en la mundialización hay muchas mundializaciones: la tecnoeconómica, la que democratiza, la cultural y la humanista. Establece que este proceso fortalece el dominio de los países poderosos, pero reconoce el surgimiento de nuevas potencias económicas tales como Brasil e India. También evidencia el surgimiento de estados-naciones de múltiples tamaños, con autonomía propia, factor que impide la unidad humana a nivel planetario.

Los ejes rectores de la globalización son la ciencia, la técnica y economía, y estos producen beneficios y males. Retoma así la posición de que la mundialización cabalga entre la desidia, muchas migraciones, un planeta arruinado, agua contaminada y un mercado libre que genera desigualdades y pobreza. Por otro lado, evidencia el proceso demográfico como desigual, propiciando guerras, hambre y una gran movilidad hacia Europa, América Latina y Estados Unidos y haciendo surgir un nuevo grupo étnico y nuevos conflictos sociales en estos países receptores. Por último, ve los nuevos escenarios de guerras y redefinición geopolítica, con un discurso contra las armas nucleares.

En conclusión, la obra de Edgar Morin propone nuevos aportes teóricos para el debate sobre las diferentes crisis a las cuales está sometida la sociedad y el planeta tierra. Además, evidencia la necesidad de crear una epistemología que permita el estudio como un todo, no por unidad, observando lo material y lo espiritual como factores determinantes en la complejidad y la incertidumbre.